

Autor / Author

RIPOLL ALBEROLA, Luisa
Universidad Carlos III de Madrid

RECIBIDO / RECEIVED	22 de noviembre de 2023
ACEPTADO / ACCEPTED	12 de diciembre de 2023
PÁGINAS / PAGES	De la 73 a la 89
ISSN / ISSN	2386-2912

Esperanza en *El pan a secas* de Mohamed Chukri

Hope in *For Bread Alone* by Mohamed Choukri

En su infancia Mohamed Chukri se ve arrastrado por la miseria, la violencia intrafamiliar, consume prostitución y se prostituye, fuma kif, trasnocha en los bares, roba y trabaja con contrabandistas. Todo ello lo narra en la novela *El pan a secas* (1973). En este artículo se analiza la novela en clave de esperanza/desesperanza. La novela se divide en dos: episodios de infancia (negativos, desesperanza) y de adolescencia (positivos, esperanza recuperada). Resiliencia, libertad y esperanza están íntimamente ligadas.

#esperanza, #infancia, #libertad, #adolescencia, #amor.

Mohamed Chukri was exposed in his childhood to misery, domestic violence, consumed prostitution and prostituted himself, smoked kif, stayed up all night in bars, stole and worked for smugglers. All these events are narrated in the novel *For Bread Alone* (1973). In this article the book will be analysed in the key hope/hopelessness. The novel will be divided in two parts: the episodes from childhood (negative ones, hopelessness) and from adolescence (positive ones, recovered hope). Resilience, freedom and hope are closely related.

#hope, #childhood, #freedom, #adolescence, #love.

1. Introducción

1.1. justificación del corpus

Aunque es una novela en árabe, *El pan a secas* (1973)¹ mantiene un diálogo fluido con la tradición literaria española, especialmente con la novela picaresca. Tal y como apuntan Karima Hajjaj y Malika Embarek López, «Mohamed Chukri hubiera podido ser ese insigne escritor marroquí en lengua española, que nunca se dio como fruto, a diferencia de la francesa, de la presencia colonial de España en Marruecos» (2013: 22).

El joven Chukri es un pícaro arrastrado por una miseria moderna: Marruecos es un protectorado repartido entre españoles y franceses, que construyen espacios de comodidad en un país que es pobre. Así, Chukri muestra la otra cara de Marruecos, la que no atrae a la bohemia europea. Por el momento histórico en el que se escribió la novela, en el que se da una exposición entre ambas culturas y se generan diálogos y convivencia, es también posible analizar el contenido desde un prisma no arabista, meramente antropológico. Chukri escribió en árabe, pero respecto a la generalidad del mensaje Juan Goytisolo sostiene que «la historia de su infancia humillada en tiempos del Protectorado no es exclusivamente marroquí ni necesariamente remota» (1988: 9).

Las definiciones de esperanza, desesperanza y desesperación que utilizamos en el trabajo provienen del filósofo Josef Pieper. De la condición humana, del no haber alcanzado todo lo que anhela, de ese «aún no», se derivan dos aspectos: uno positivo, «el ser encaminado hacia la plenitud», y uno negativo, «el no ser plenitud» (Pieper, 2010: 359). La actitud positiva del ser humano respecto a su estado de *status viatoris* es esperanzadora; la actitud negativa es la desesperanzada.

La desesperación es una de las posibles manifestaciones de desesperanza. La desesperación es la «anticipación de la no-plenitud», lo cual genera un gran sufrimiento y desasosiego: «desesperar es descender al infierno» (*ibid.*, 378).

En esta infancia narrada por Chukri, la miseria conduce a una serie de oscilaciones entre esperanza y desesperanza. En el subtexto de la novela, Chukri mantiene en vilo la tercera pregunta kantiana, a saber: «¿qué nos cabe esperar?». En su búsqueda obstinada, a la intemperie, y a pesar de todos los signos desesperanzadores, manifiesta una esperanza *contra toda esperanza*. ¿De dónde proviene, entonces, la fuerza para seguir esperando?

En la infancia de Chukri tienen mucho más peso los hechos: el niño aún no consigue llegar a la profundidad de aquello que le pasa. En cambio, en la adolescencia, la persona empieza a adquirir una conciencia más profunda de sí y a entrar en una etapa de la vida en la que necesita sentirse *un alguien*. El adolescente es capaz, mediante esta nueva identificación y bús-

¹ En 1973 se publica por primera vez *For Bread Alone*, traducida por Paul Bowles. En 1980 la traduce al francés Tahar Ben Jelloun y no llega al árabe hasta 1982. La primera edición en español se publica en 1982 en Editorial Montesinos como *El pan desnudo*. En 2013 se publica la nueva traducción al español en Cabaret Voltaire, de referencia para este artículo.

queda de sí mismo, de pensar la vida en nuevos términos e incluso de asimilar la infancia que ya ha pasado y de la que se tiene cierta distancia. Es en la adolescencia cuando se manifiesta plenamente la actitud resiliente, cuando la persona es capaz de desarrollarse más allá de las heridas.

Además, la adolescencia puede llevar a la indagación filosófica de la realidad. Por todo ello en *El pan a secas* la infancia consiste en una etapa «negativa», y la adolescencia, en su complementario «positivo». Esta novela es un buen ejemplo de las oportunidades de emancipación que se presentan en la adolescencia y, en concreto en Chukri, del aspecto salvífico de la educación y de la literatura.

¿Qué herramientas adquirió Chukri durante su adolescencia? ¿Qué preguntas existenciales jugaron un papel fundamental en su emancipación? ¿Qué respuestas da? A través de este análisis, el lector podrá encontrar reminiscencias en su propia experiencia, pues el principal objetivo de este artículo es descubrir cuánto hay de universal en la infancia y la adolescencia narradas en *El pan a secas*.

1.2. Objetivos y problemática

Ante una obra de un calibre existencial como *El pan a secas*, el objetivo del artículo es realizar un análisis antropológico de la esperanza en la adolescencia del personaje. Se estudiará la novela de modo inmanente, en lo autocontenido en el propio texto, si bien a veces se recurrirá a testimonios directos de Chukri para respaldar la interpretación.

Sobre el enfoque del análisis, nos acogemos a la tercera visión de la crítica inmanente propuesta por Romero, que «cuestiona la realidad vigente en virtud de las posibilidades históricas alumbrables en la sociedad de cara al establecimiento de un ordenamiento justo de la sociedad» (2016: 229). En la inmanencia del texto buscaremos la trascendencia del personaje: una trascendencia entendida como la búsqueda por superarse a sí mismo (superar la miseria hacia un orden moral, filosófico y económico más justo) sin renunciar a su contexto.

En la autobiografía, se produce la identificación entre el yo que escribe y el yo que narra, de modo que el objeto de la narración (el narrador mismo) se convierte en personaje. *El pan a secas*, en su distancia cronológica entre su puesta por escrito y los hechos reales que se narran, no implica un gran pacto autobiográfico con el lector, por lo que está cerca de la autoficción. Chukri como biógrafo no se centra en narrarse objetivamente, sino en narrar literariamente, movido por el deseo de escribir su primer libro para poder autodenominarse escritor.

El relato de su infancia y adolescencia es fragmentario. La narración se compone de una serie de anécdotas que se suceden, y entre las que no se ejerce diferencia narrativa: los puntos de giro generalmente ocupan el mismo espacio que otros episodios secundarios. Esta fragmentariedad podría darse también por los estragos del trauma psicológico en el ejercicio de recordar (amnesia disociativa).

Dada esta estructura, se dan dificultades para elaborar una sinopsis tradicional de la novela. Por ello, se analizará en orden cronológico, introduciendo las escenas que se suceden para luego realizar su análisis.

Se divide el libro en dos partes: infancia y adolescencia. En el análisis de los hechos en clave humanística, es el tema de la esperanza el que vertebra la disertación. Los abismos antropológicos del protagonista son: el abandono (falta de cuidado), la violencia y el desarraigo (falta de amor y de vínculos significativos) y la desesperanza (falta de futuro). En cada una de las partes están presentes, pues, los ejes temáticos esperanza-vínculos, esperanza-amor y esperanza-libertad.

Las relaciones entre todos estos estados son complejas, y como objetivo último deberá mostrarse más claramente su interconexión en la obra y en la realidad. Los abismos predominan en el inicio de la obra, y desembocan en los últimos episodios del libro a que el protagonista encare una posible vía de salvación: así, el libro culmina en la esperanza. ¿De dónde es posible que nazca dicha esperanza?

El ser humano necesita establecer vínculos que le proporcionen libertad espiritual. Esta libertad es más profunda que la simple libertad de movimiento y es en la que se fundamenta la esperanza. La infancia de Chukri constituye una búsqueda que es un deambular hacia un estado más estable y más verdadero.

1.3. Contextualización y estructura de la obra

El pan a secas es el primer libro de la trilogía autobiográfica del escritor, seguida por *Tiempo de errores*² y *Rostros, amores, maldiciones*³. Chukri narra en *El pan a secas* su infancia, hasta aproximadamente los diecisiete años.

La novela autobiográfica ha proliferado tanto en los países musulmanes como para discutirse si es un género propio de la literatura árabe. Según la clasificación de Omar Halli, la novela autobiográfica de Chukri se incluye en «la «poeticidad de la confidencia», que es cuando la confidencia se considera una práctica continua por parte del escritor hasta el punto de constituir toda su obra» (Gil, 2006). El escritor mismo lo dijo: «Escribo con las tripas» (Rojas-Marcos, 2021: 40); su objetivo al escribir su vida fue «aclarar cuánto hay de oscuro» (*ibid.*: 82) en una infancia así.

El libro se compone de catorce capítulos. Podríamos dividirlo en dos partes: la que comprende la infancia y la de la etapa adolescente. Establecemos el inicio de la segunda parte en el capítulo 8 (que empieza en la página 125 de la edición que citamos), cuando se encuentra la primera referencia a su edad: por entonces, Chukri tiene dieciséis años (Chukri, 2013a: 131). Otro argumento para establecer aquí la división es que en el capítulo 7 tiene lugar la última pelea con su padre, que no vuelve a aparecer en la novela superándose así el tema principal de la infancia: la violencia patriarcal, y mudándose la trama a otros temas: el descubrimiento de nuevos sentimientos (amor, asombro...) y de las preguntas existenciales.

² Primera edición al español en Debate, 1995. Segunda traducción por Cabaret Voltaire, 2013.

³ Primera edición al español en Debate, 2002. Segunda traducción por Cabaret Voltaire, 2014.

2. Primera parte: Infancia

2.1. Sinopsis

Chukri nació en el Rif, en Beni Chikar, alrededor del año 1935. *El pan a secas* se abre con la mudanza de la familia a Tánger por la hambruna que azota el Rif. Chukri y su hermano Abdelkader, muy pequeños, lloran de hambre. Su madre protagoniza el primer episodio de esperanza: «Cállate, que nos vamos a Tánger. Allí hay montañas de pan. Ya verás cómo no llorarás más por el pan cuando lleguemos» (*ibid.*: 17). Esta primera esperanza pronto se torna en la primera decepción: «En Tánger no vi las montañas de pan que me había prometido mi madre. También había llegado el hambre al paraíso, pero al menos allí no era tan mortífera como en el Rif» (*ibid.*: 18). En un entorno de tanta miseria, no se puede posibilitar el cumplimiento de la promesa más básica.

El siguiente acontecimiento es el más duro de todo el libro: el asesinato de Abdelkader por una paliza de su padre. Será el trauma de toda la vida del escritor, como Chukri solía admitir en sus entrevistas.

El suelo en el que se apoyaba su familia no era firme. Esto provocaba inseguridad a muchos niveles. El protagonista duda del amor de su madre. Cuando muere Abdelkader se dice: «Mi madre lo quería más que a mí» (*ibid.*: 23). Aprende sin darse cuenta a responder con violencia, tanto a sus padres como al mundo: «Yo cada vez estaba más agresivo, dentro y fuera de casa. Tenía muy mal perder, y lo demostraba rompiendo lo que pillaba a mano, pateando, llorando y maldiciendo a los cuatro vientos» (*ibid.*: 37).

Este comportamiento se perpetúa, sobre todo, con el descubrimiento del sexo y de la masturbación. En muy pocas páginas se suceden varias primeras experiencias: su primer trabajo en un café y su primer contacto con las drogas (fumando kif⁴ y tomando *majoun*⁵).

Chukri entra en una espiral de vicio. Necesita colmar sus deseos; confunde deseo con necesidad. Todo le seduce. Su padre un día decide por él que pasará un tiempo en Orán, con unos tíos suyos. Esto le abre la puerta a un empleo en unos viñedos y después a servir en la casa de los dueños: los Segondi. Madame Segondi le brinda a Chukri calor maternal, pero él no tarda en sexualizarla, a pesar de que la diferencia de edad es notoria. Su deseo sexual insatisfecho y su inconsciencia le llevan a violar al hijo del vecino, por lo que es expulsado del trabajo y vuelve a Tetuán.

En Tetuán todo sigue igual: «No sentía apego por nadie en este mundo» (*ibid.*: 97). Chukri duerme en la calle. Su madre sigue dedicándose a una crianza continua de niños que mueren por las malas condiciones sanitarias: «Mi madre dio a luz a una niña. Le pusieron Zohra, el mismo nombre de la que había muerto. Ella tampoco viviría mucho tiempo. Una rata le mordió por la noche en la mano» (*ibid.*: 101). Ni siquiera el nombre es símbolo de la unicidad del hijo. El cuidado del hijo se ve dañado.

⁴ Preparación de marihuana más fina que el hachís.

⁵ Pasta dulce de origen marroquí, que contiene marihuana.

En este momento, Chukri ordena ligeramente su vida: hace las paces con su padre por mediación de unos vecinos y empieza a trabajar con su madre en el puesto del mercado en el que revende fruta y verdura. Sus amigos, como Tafersiti, empiezan a cosechar relaciones estables con mujeres perpetuando la violencia de la que ellos habían sido víctimas. Las palizas de su padre se reanudan, pero esta vez su madre ejerce de defensora y estrechan su vínculo. «El amor que sentía por ella era tan intenso como el odio que le tenía a mi padre» (*ibid.*: 118). Madre e hijo cosechan una relación verdadera y el protagonista no se siente tan desamparado.

2.2. Temas principales

La infancia es el primer contacto con el mundo. Esto determina en el niño un modo de mirar. Pero también en la infancia puede darse el primer *trauma*, capaz de condicionar el desarrollo del adulto. En el caso de Chukri está claro: fue «esa *infancia sarnosa* la que había forjado al adulto de mirada atribulada con la que podemos verlo en todas las fotografías» (Rojas-Marcos: 7). En los propios versos del autor: «Vuelvo de donde vengo / y mi deseo es no volver» (Chukri, 2014: 57).

2.2.1. Las relaciones familiares y la esperanza

El niño aún es heterónomo; su autonomía moral empieza en la adolescencia. Es por ello por lo que al principio del libro la familia sigue muy presente: a pesar de que se fugue de casa, aún no tiene la autonomía suficiente (ni moral ni económica) para prescindir completamente de su núcleo familiar. La situación en su familia es segregada y desesperanzada. Si la esperanza fuera «terminaremos bien nosotros y yo mismo» (Pieper: 139), sin la construcción de un «nosotros» sólido en el que la persona se incluya y cuyo futuro le importe, no existiría verdadera esperanza. Por ello, el tema de la familia en Chukri está nuclearmente ligado a la vivencia humana de la desesperanza.

Este fue uno de los objetivos del escritor: denunciar el sistema patriarcal al que se vio sometido. En todas sus entrevistas suele mencionar el suceso de Abdelkader o hablar de su padre, que le hizo sufrir lo indecible (Esteva, 1987). Violencia del padre que provenía de «la violencia y la miseria en la que vivía Marruecos bajo el colonialismo» (Valenzuela, 2002). En el libro mismo se pregunta el origen de la opresión que ejerce su padre hacia toda su familia: «Nos maldice a todos por igual. Era como un dios. Pero ¿quién le había dado ese poder?» (2013a: 120). Ante esta situación, se observan varias reacciones del niño frente a las causas que lo desestabilizan; es decir, actitudes resilientes.

Sus refugios de la violencia son el adentro y el afuera. El afuera es la evitación directa de la violencia⁶ y el impulso de búsqueda de algo que se intuye que debe ser buscado, porque saciará la necesidad⁷. El adentro es la gestión de la rabia y la venganza a través de la imagina-

⁶ «Había semanas en las que no veía ni un solo día a mis padres. Era una manera de descansar de sus disputas» (*ibid.*: 48).

⁷ «Buscaré por todo el mundo un lugar para mi locura» (*ibid.*: 94).

ción y el diálogo consigo mismo, muchas veces de un modo violento (pensamientos en los que golpeaba o mataba a su padre, insultos entre dientes...).

Relacionado con este último está el poder de los productos culturales que consumía (en la infancia, el cine; en la adolescencia, el periodismo político y las revistas egipcias de famosos). Como concebía Aristóteles, la tragedia imita la vida. Así como la cultura. Esto permite la entrada a un simulacro de lo real. El mayor ejemplo de este fenómeno se da en el último episodio del capítulo 7: Chukri, en el cine, piensa: «Mi padre muerto en mi imaginación, tal y como había sucedido con el villano de la pantalla» (*ibid.*: 124). Junto con la muerte imaginaria, el personaje del padre muere en el relato: no vuelve a aparecer como personaje de la trama. Solo aparecerá en una evocación del propio Chukri. Podemos relacionar esto con la emancipación progresiva del niño hasta entrar en la adolescencia, en la que sus preocupaciones oscilan desde los referentes familiares a referentes externos (círculos sociales).

2.2.2. Deseo, necesidad y esperanza

Deseo y necesidad en esta parte del libro se relacionan de modo complejo y revelador.

La necesidad puede ocultarse tras el deseo porque este permanece visible y demanda constantemente. La necesidad además procede de una carencia que debe ser saciada (por ejemplo, tener hambre o sed); el deseo, en cambio, procede de algo que excede a la necesidad, es decir, de un «más» que pide ser saciado pero que, contrariamente a la necesidad, no puede saciarse jamás. El deseo no es aliado del deseante; se le impone irresistiblemente (Carson, 2015: 14). El deseo solo puede ser de eso que está ausente, mientras que la necesidad se hace y nos hace presentes en el mundo. El deseo abre la realidad a un sentido nuevo impuesto por el deseante, en el que lo dulce es aún más dulce y la ausencia, la carencia, más llevadera:

el verdadero deseo del amante [...] es eludir las certezas de la física y flotar en las ambigüedades de un espacio-tiempo en el que lo ausente está presente y el «ahora» puede incluir el «entonces» sin dejar de ser «ahora» (*ibid.*: 164).

Dado que el deseo es irremediable y hace parecer a la realidad inauténticamente consoladora de la carencia, Chukri se comienza a refugiar en el sexo, que es su deseo, en vez de reconocer su necesidad de amor. El buen ejercicio del amor es difícil, y la sexualización, muy evidente. Es por ello por lo que la confusión entre uno y otro, en una situación como la de Chukri, es difícil. El sexo es lo más parecido al amor que conoce en este periodo de su vida. En su relación con Madame Segondi, llega a pensar: «cambiaría tus muslos por mi familia» (2013a: 94).

El amor y el sexo piden reciprocidad, pero el sexo la necesita completamente para colmarse de sentido: se necesita sí o sí de otro cuerpo y de otra disposición para el sexo además de la propia, mientras que se pueden amar antes no recíprocos (ideales, valores, personas difuntas, referentes platónicos); la potencia del amor por ellos emana de la propia imposibilidad de reciprocidad.

Por tanto, sin amor recíproco Chukri tampoco llega a vivir una experimentación del sexo recíproca y plena (sus experiencias sexuales son todas con prostitutas o la violación). El deseo

provoca inherentemente insatisfacción, pero dicho sentimiento puede minimizarse a través del control de los impulsos y satisfaciendo los deseos de forma ordenada y racional. Por estos motivos, la insatisfacción de Chukri es constante: no llega a realizar en plenitud ninguna vez aquello que desea ni tiene herramientas para controlar el deseo, de modo que el deseo no cesa y es el deseo quien le controla a él.

De este modo, aunque en las circunstancias del protagonista se vive de modo desesperado, «arrojado al mundo», podemos reconocer que en el deseo insatisfecho se abre una brecha de esperanza. Sobre todo, en el deseo insatisfecho constantemente. El malestar que provoca la insatisfacción es la llamada de atención a uno mismo de que debe haber otros modos de relacionarse con las cosas que no generen esa sensación tan incómoda. Por ello, puede ser el comienzo del cambio. Esto le ocurre a Chukri en el inicio de la segunda parte de la trilogía. Cuando el director de la escuela en principio rechaza su admisión y le dice que vuelva a Tánger, él admite: «Pero yo prefiero estudiar. Odio lo que hacía en Tánger» (Chukri, 2013b: 21).

2.2.3. Libertad y esperanza

Si bien la libertad es un tema que se desarrolla plenamente en la segunda parte del libro, ya se presenta aquí. No llega a desarrollarse la libertad espiritual del protagonista (por lo que tampoco se alcanza una esperanza plena), pero sí se dan aspectos de una libertad creativa más profunda, como el arraigo.

A pesar de que su entorno familiar es difícil, Chukri experimenta cierto arraigo. «En el camino de vuelta a Tetuán, pensé con qué ciudad me quedaría: Orán, un bonito exilio, o Tetuán, una bonita cárcel. Finalmente preferí esa cárcel, que es mi tierra, a la libertad del exilio» (2013a: 95). A edades tempranas, Chukri ya es capaz de diferenciar la libertad de movimiento de una libertad más profunda, que «ata». Tetuán no es solo una mera localización, ya es un «ámbito», una realidad con la que establecer vínculos creativos (López Quintás, 2006).

La libertad también se muestra en esta parte de la novela como *carencia de*. Cuando Chukri abandona Orán, contento con la decisión a pesar de la comodidad, la estabilidad y el trabajo que allí ha conseguido, se dice a mí mismo: «¿Será que me aburro de lo que me gusta?» (2013a: 94). Esto se relaciona con el dilema deseo/necesidad: la libertad necesita de vínculos que no alcanzan toda su profundidad en lo transitorio, en la inconstancia y en la satisfacción inmediata del deseo.

3. Segunda parte: Adolescencia

3.1. Sinopsis

Chukri vuelve a Tánger, mientras su familia permanece en Tetuán. Tiene dieciséis años.

El capítulo 8, en el que se establece el límite entre infancia y adolescencia, se abre con la última evocación a la violencia del padre. Chukri empieza a dormir, junto con otro chico, en el cementerio: ambos huyen de padres abusadores. En el anterior episodio del libro, Chukri

mataba a su padre en su mente; en este, el protagonista «lleva al cementerio» el recuerdo del padre a quien nunca quiso.

De ahí, Chukri se transporta al momento más crítico del libro: deambulando por el puerto, tiene tanta hambre que intenta comerse los pescados crudos del suelo, que le hacen vomitar. Mareado, con dolor de barriga, unos marineros tiran un trozo de bocadillo al mar, cerca de unos excrementos y de la mugre de petróleo. Él tenía tanta hambre que se tira al mar para recogerlo, pero el pan se deshace y los marineros se ríen de él.

En este momento la actitud de Chukri toca fondo. Con el orgullo herido, ya no espera nada de nadie. Se encuentra solo, cansado, hambriento, mareado. Intenta llevar maletas a los turistas para conseguir un poco de dinero o de pan, pero lo único que consigue son insultos y humillaciones. Pronto desiste. Un muchacho se sienta a su lado. Le ofrece un cigarrillo y le da un bocadillo de sardinas, que devora.

A continuación, se relata la primera vez que se prostituye: un señor mayor le recoge en coche y le hace una felación en un lugar apartado. El señor le da cincuenta pesetas, le deja en la calle en la que lo recogió y se va.

Tras una elipsis temporal confusa, pues pasa de reconocer su soledad al final del capítulo 8 a hablar en calidad de «amigo» de Kebdani al inicio del siguiente, se pasan a narrar los altercados que hubo en Marruecos por el aniversario de los cuarenta años del protectorado francés. El gentío empieza a huir. Varios civiles mueren tiroteados por la policía.

Kebdani y Chukri se esconden en un comercio y luego huyen a la chabola de Kabil, contrabandista, amigo y empleador de Kebdani. Se esclarece que Chukri era vendedor ambulante de pescado frito y *harira*⁸.

En la chabola vive Kebdani con sus dos mujeres: Buchra y Sallafa. Kebdani intercede por Chukri ante Kabil y le consigue trabajo como porteador, con la condición de que se quede en la chabola hasta el día siguiente por la tarde, hora del encargo, para que no pueda delatarlo, dado que Kabil aún no lo conoce y no sabe si puede fiarse de él. Chukri establece relaciones estrechas con Sallafa, con la que pasa mucho tiempo dado el encierro. Se acuesta con ella y reconoce que la ama. Esa madrugada tiene lugar la operación de contrabando detallada en el libro.

Al acabar, el conductor del coche les deja en la ciudad y Chukri vuelve a la chabola con éxito. Kebdani fue a dejar el bote al puerto en mitad de la noche. Chukri desayuna con Sallafa y ella le paga el trabajo de contrabandista. Luego se despide (para siempre) de la chabola y de los que en ella habitaban.

Chukri empieza a vivir en un burdel, intentando olvidar a Sallafa a través de otras mujeres y del alcohol. Kandusi (el socio de Kabil, participante de la operación de contrabando) irrumpe en el burdel después de mucho tiempo buscando a Chukri y le da noticias: encontraron muerto a Kebdani, su bote debió chocar con las rocas, habían detenido a Kabil por sospechoso de su muerte y Sallafa y Buchra se habían fugado juntas. La situación política sigue tensa; aparecen

⁸ Sopa tradicional marroquí. Tiene un alto poder nutritivo y por ello se toma en la ruptura del ayuno en Ramadán.

cadáveres en la playa que fueron arrojados al mar. Chukri está viviendo en una pensión de «ladrones, aventureros y putas» (según Kandusi) y él explica que es la única en la que no le pedían identificación, ya que no tiene papeles. Kandusi le paga por el trabajo del contrabando quinientas pesetas.

Las relaciones de Chukri con los cohabitantes de la pensión dan una mayor sensación de profundidad que las de otras amistades granjeadas hasta ahora en la novela. Suponen un cuidado mutuo (sus vecinas le curan las heridas después de una pelea) y una defensa y apoyo (los hombres van a buscar al culpable del altercado para que deje tranquilo a Chukri). Así lo demuestran también los episodios siguientes.

Tras la reyerta llaman a la puerta y es la policía. Les piden la documentación y les arrestan, por estar borrachos y con prostitutas. Meten a Hamid y a él en una celda pequeña, que comparten con más hombres.

En la celda, Chukri narra, desde un plano mucho más reflexivo y poético, sus inquietudes sobre el alcance de su propia libertad. Por la mañana les traen pan y té verde. Hamid dice que es la única comida que les van a dar en todo el día; que se guarde la mitad del pan para la tarde. Y así varios días, de sábado a lunes.

El lunes por la mañana, Chukri es puesto en libertad. Como no sabe escribir, firma la ficha con la huella dactilar mientras los policías le humillan en español (sin saber que les está entendiendo): «Es analfabeto, como la mayoría de marroquíes» (2013a: 227). La voz del narrador confiesa: «No me atreví a pedirles que me lo leyesen [el documento] antes de firmar. Igual podían volver a encarcelarme» (*ibid.*: 228).

Se da una segunda elipsis temporal muy acusada: Chukri se levanta de madrugada, a las cinco, al lado de Naíma. A las seis llega el barco en el que, con su socio Busof, venden mercancía de contrabando: relojes, mecheros, chales... La incursión narrada resulta fallida: otros contrabandistas venden los mismos objetos a mitad de precio, acaban peleándose y huyendo del crucero con rapidez. La corriente era tan fuerte que se rompe un remo y se daña la barca. Casi naufragan. El mar los escupe a la orilla. Busof discute violentamente en la playa sobre los gastos de reparación de la barca, de su propiedad. Chukri, cansado, después de un tiempo de forcejeo se marcha. Cuando llega a su pensión, Naíma se ha marchado para siempre, sin despedirse.

Los siguientes escenarios de la acción son los cafés de Tánger. En ellos Abdelmalek, el hermano de Hamid, le lee las revistas egipcias sobre artistas árabes. Y también los periódicos y los acontecimientos políticos. Era el único que sabía leer, escribir y recitar el Corán de memoria. Esto le hacía imponerse como exégeta reconocido entre los habituales del bar.

Chukri se hace muy amigo suyo, pero admite que «solo Allah sabe si tenía razón» (*ibid.*: 249). ¿Cómo sabía la gente que lo que decía Abdelmalek era verdad, si ninguno comprendía su discurso? Un día que está de mal humor, Chukri le insinúa que es un mentiroso, y él le espeta: «No sabes ni escribir tu nombre y quieres hablar de política» (*ibid.*: 251). Chukri le replica que es mejor ser analfabeto e ignorante que mentiroso. Está borracho y busca pelearse con él. Al final, sale del bar y se va a un burdel.

Este episodio tiene importancia en la posterior decisión de Chukri de ir a la escuela. La persona educada goza de admiración en su círculo social. Tal vez Chukri sintiera envidia. Además, la reacción humana ante la humillación muchas veces es la superación, para probar que se tenía razón desde un principio y que la persona con la que se discutía estaba equivocada.

Al día siguiente, Chukri se compra un libro para aprender a leer y escribir en árabe. Se lo muestra a Abdelmalek para que le ayude. Abdelmalek accede y hacen las paces. Su hermano Hassan, que estaba presente, le dice que él estudia en Larache, que el director es amigo suyo y le redacta una carta de recomendación. Se despide y le dice que se verán allí.⁹

La última escena del libro tiene lugar en el cementerio. Chukri acompaña a Abdelmalek, que va a leer algunos versículos del Corán sobre la tumba de los familiares de unos amigos. Chukri admite que tiene un hermano enterrado allí y le pide si le puede leer unos suras. Así se cierra el libro: Chukri esparce arrayán¹⁰ sobre varias tumbas anónimas, preguntándose si su hermano está bajo sus pies o bajo los de Abdelmalek.

3.2. Temas principales

3.2.1. Existencia y esperanza

Tal como hemos visto, en el momento en el que Chukri deja de frecuentar su casa, debe enfrentarse a un mundo lleno de peligros. Debe andar con más cuidado: debe defenderse de la violación durmiendo en sitios seguros, debe encontrar medios para conseguir comida, etc. Este desamparo le conduce a pasar momentos muy críticos.

Esta es una manifestación muy clara de lo que Josep Maria Esquirol denomina la intemperie. «Todos vivimos en la intemperie y todos necesitamos cuidarnos de una manera u otra: resistir a lo que nos hace mal» (Sigüenza, 2016). La intemperie remite a la existencia «expuesta», a lo bueno y a lo malo, que es un exterior: a «la situación humana de descubierto» (*ibid.*). En *La resistencia íntima* (Esquirol, 2015), el autor plantea el amparo como gesto fundamental contra la intemperie.

Claramente la intemperie supone soledad para Chukri («Debo encontrar a alguien de mi calaña en algún lugar de esta ciudad» [2013a: 144]), pero también será la brecha necesaria, el punto de partida, para descubrirse a sí mismo. La violencia le anclaba y le oprimía. Salir completamente afuera le posibilita cumplir sus esperanzas y expectativas vitales. De algún modo ese contacto con la intemperie acerca a Chukri a su propia búsqueda de apego y desplaza ligeramente el foco del protagonista del deseo a la necesidad real (como se apuntaba en la primera parte del trabajo). Esto se reúne con el descubrimiento de lo existencial:

⁹ Así comienza la trama del segundo tomo de la trilogía, *Tiempo de errores*. En los primeros capítulos de este libro se descubrirá que entrar a estudiar en Larache no es tan fácil como aseguraba Hassan, que no mantiene buenas relaciones con el director dado que ha sido expulsado por fumar kif en una sala de la mezquita.

¹⁰ Tradicionalmente, las tumbas se riegan los viernes y se coloca arrayán.

¿Para qué vivir si luego tenemos que morir? Las familias cuidan las tumbas y yo las utilizo como cama. ¿Qué querrá decir todo esto? ¿Y que mi pene valga cincuenta pesetas? Eran demasiadas preguntas, y me veía incapaz de hallar respuestas. Pero supe que tenía que vivir mi vida, así que disfruté del cigarrillo, apagué la colilla y me acosté (*ibid.*: 138).

Ante el golpe de la pregunta —que es golpe de voz y frenada en seco de la conciencia, por lo que tiene en sí un impacto y efecto únicos al enunciarse— y la acumulación de muchas de ellas sin respuesta, Chukri reacciona del único modo que sabe. Seguir viviendo es de por sí una respuesta. La vida tiene que continuar dado que debe merecer la pena.

Esta actitud es la que sugiere que la esperanza vertebra de algún modo la personalidad del autor, quien, en el prólogo de la novela, afirma: «No olvidéis que “el juego de la vida” es más fuerte que nosotros. Es un juego mortal. Solo lo podemos afrontar si vivimos nuestra propia muerte, nuestra aniquilación, solo si vivimos al límite en agradecimiento a la vida» (*ibid.*: 12).

La muerte está muy presente en su vida desde el asesinato de su hermano Abdelkader, pero por su parte existe un compromiso de vivir hasta las últimas consecuencias. El ser consciente de la propia muerte es lo que aviva ese espíritu «hedonista» de Chukri, a la vez que acaba reconduciéndolo a su verdadera salvación: la literatura. Esta coexistencia de ambos mundos es lo que le conduce a una existencia ambivalente: la adicción a la noche que siempre vuelve y sobre la que se sostienen su escritura y sus libros.

La muerte se contempla en esta parte de la novela, desde la maduración del sentimiento de tristeza y la distancia a la tragedia, desde un prisma más filosófico. Así lo muestra el final del libro: Chukri se pregunta por el bien y el mal en relación con la muerte ante la posible tumba de su hermano Abdelkader.

De repente, pensé: «¿Por qué esta lectura sobre la tumba desconocida de mi hermano? No cometió ningún pecado. Vivió sufriendo su enfermedad y luego mi padre lo mató». Me acordé de lo que me dijo el *chejj*¹¹ que lo enterró: «Tu hermano está ahora junto a los ángeles».

Mi hermano se convirtió en ángel. ¿Y yo? ¿Qué soy? Un diablo, de eso no hay duda. Cuando mueren, los niños se convierten en ángeles y los mayores en diablos.

¡Ya es tarde para aspirar a ser ángel! (*ibid.*: 262-263).

En el final, todas las acciones se agolpan sobre el protagonista, tanto para él mismo, que siente el peso del pecado, como para el lector, que ha sido espectador de todas sus miserias. Se muestra una esperanza basal (hay salvación en Allah) pero de ella deriva una decepción profunda (esa salvación, que existe, no es para mí). Se siente al margen de cualquier perdón porque «ya es demasiado tarde». Siente la culpabilidad de todas sus malas acciones, que ya han sido irremediablemente llevadas a cabo.

¹¹ Líderes religiosos o políticos a nivel local.

El protagonista es, ante todo, una persona resiliente. La resiliencia es el nuevo desarrollo después del trauma (Cyrulnik y Anaut, 2016: 12). Chukri reúne una serie de características en común con las personas resilientes¹²: la toma de conciencia, la independencia, el desarrollo de relaciones satisfactorias con los demás, la iniciativa, la creatividad, el humor y la ética (Poletti y Dobbs, 2005: 17). Estas características de la persona se completan con vínculos de calidad en el entorno. A pesar de las circunstancias en las que se produce su herida, Chukri es capaz de sobreponerse a ello, por lo que podemos afirmar que es una persona interiormente resiliente.

En la adolescencia, llega a decirse: «Por un instante creí descubrir que a pesar de todo tuve una infancia feliz en aquel barrio» (2013a: 166). Lo que posibilita esta enunciación es el recuerdo de ciertos momentos sencillos y luminosos, la distancia respecto de la infancia y su carácter irreproducible («En el momento de mi expulsión del Edén de mi infancia supe que no existía ningún camino de vuelta» [Horvilleur, 2022: 59]).

3.2.2. Amor y esperanza

En cuanto conoce a Sallafa, Chukri accede a un sentimiento que hasta entonces no había conocido. Es profundo, le provoca entusiasmo, va más allá de la excitación sexual. Chukri se encuentra a sí mismo pensando en Sallafa a menudo, admirándola, incluso cuando está en medio de la operación de contrabando.

Este amor le hace conectar con realidades de la existencia más profundas e inaccesibles hasta ahora: «Me puse a pensar en la muerte; el amor siempre me hace pensar en esas cosas» (2013a: 175). También le anega en una profunda sensibilidad: «Sentí ganas de llorar, antes y después de hacer el amor. Siempre me ocurría con ella. No sé bien por qué» (*ibid.*: 177). Por ello el romance con Sallafa no es equiparable con el resto de relaciones de Chukri a lo largo del libro, a pesar de que tenga ciertas actitudes violentas interiorizadas.

Chukri es consciente de que lo que siente por Sallafa es único; no lo había sentido antes. De hecho, él mismo reflexiona sobre la diferencia entre el amor real y el amor idealizado¹³. Para él, las fantasías amorosas no tienen ningún valor frente a la *realidad* de la presencia del amado.

En sus siguientes relaciones amorosas, es más capaz de poner nombre a sus sentimientos, como demuestra el siguiente fragmento:

Lo nuestro no era amor, de eso estoy seguro. Simple costumbre. [...] Un día me dijo: «Yo no concibo el amor fuera del matrimonio». «Pues me temo que el matri-

¹² Cf. Wolin, S. y Sybil, S. (1993). *The Resilient Self: How Survivors of Troubled Families Rise Above Adversity*. Random House Publishing Group.

¹³ Al volver de madrugada tras el contrabando a la chabola, estando Sallafa sola, quiere hacer el amor con ella, pero ella le rechaza. Chukri se va al salón a dormir y se masturba pensando en Assía, la chica que le había gustado de pequeño. A la mañana siguiente reflexiona: «Me sentía agotado, y me arrepentía de aquella violación imaginaria. ¿No fue una locura imaginar desvirgar el cuerpo de Assía sin ni siquiera saber si estaba viva o muerta? Hubiera preferido dormir al calor de Sallafa. Al menos la hubiera sentido a mi lado, hubiera podido acariciarla. Assía no era nada. Tan solo estaba en mi imaginación. Me había masturbado pensando en la nada» (*ibid.*: 193).

monio mata el amor», le contesté. Lo que nos hace seguir juntos es que ninguno de los dos es posesivo. De algún modo un cierto amor nos une (*ibid.*: 239-240).

Ya no confunde amor con algo que no lo es: está seguro de que lo que siente por Naíma, y de que lo que les une es solo cariño.

En el amor, Chukri ni busca ni encuentra esperanza. Parece estar cómodo en su situación de soltería y de haber sido malquerido. No parece buscar amor verdadero por su dificultad a comprometerse. Hasta de Sallafa se despide para siempre sin decir un sincero «adiós». Este aspecto de la biografía de Chukri le aporta un aire melancólico y nostálgico a su persona, de un anhelo que nunca se realizará del todo. Pero por lo menos, Chukri parece haber hallado mayor estabilidad en sus relaciones de amistad, las cuales son vínculos afectivos importantes para él.

3.3. Libertad y esperanza

La principal reflexión sobre la libertad en esta parte del libro se articula en torno a la experiencia de la celda.

Chukri y Hamid han sido arrestados, y participan de dos episodios que se contraponen: uno representa la amplitud de ser libre y el otro, la falta asfixiante de libertad.

Hamid sacó un pequeño lápiz y se puso a escribir en la pared.

—¿Qué escribes? —le pregunté.

—Dos versos del poeta tunecino Abu Al Kasim Achabi.

—¿Y qué dice este poeta?

—Pues dice:

*Si algún día el pueblo decide vivir,
el destino debe someterse a ese deseo, la noche disiparse
y las cadenas romperse.*

—¡Formidable! —le dije.

—¿Entiendes lo que dice?

—No, pero es magnífico. Siento su belleza. ¿Qué quiere decir?

—«Ama la vida». Eso es lo que quiere decir.

—¿Y qué es eso de «amar la vida»?

—Pues «querer vivir», y eso significa que si un pueblo o un hombre están esclavizados y desean conseguir la libertad, Allah les ayudará. Amanecerá, y las cadenas se romperán gracias a la voluntad del hombre.

—Ahora sí que lo entiendo. [...] Tienes suerte —le dije.

—¿Suerte yo? —respondió asombrado.

—Sí. Tienes suerte.

—¿Por qué?

—Porque sabes leer y escribir.

—Tú también puedes aprender, si quieres. [...]

—Algún día te enseñaré a leer y a escribir. Tienes facilidad para aprender.

Le pedí que me repitiera varias veces los versos del poeta tunecino, hasta que conseguí aprendérmelos (2013a: 221-223).

La literatura, y en general la cultura, «crea entre nosotros modos de unión entrañables. Cuando varias personas *participan* de una realidad valiosa, se unen a ella íntimamente y crean un vínculo fuerte entre sí» (López Quintás: 34). La belleza tiene un aspecto salvífico que participa de la verdad y que proporciona claridad y conmoción.

Esta experiencia de unión (con Hamid y con algo más allá de él) es importantísima para Chukri, quien decide estudiar fundamentalmente para poder acceder repetidamente a esa «belleza» escondida en un poema, y que se le ha revelado arrebataadoramente por primera vez en su vida.

En este momento Chukri descubre un «ideal de vida», que se ajusta a la descripción dada por López Quintás: le da motivación para ser creativo, satisfacción y gozo. La libertad es la semilla de la esperanza: esta se da en *El pan a secas* en su mayor profundidad cuando el protagonista descubre el significado de la libertad en toda su hondura. Esta es la experiencia positiva de la celda: la libertad y la esperanza van más allá de un espacio físico; se mueven en el nivel de lo espiritual.

Seguidamente se narra cómo uno de los compañeros desconocidos de la celda hace el peor uso posible de su libertad: dañándose a sí mismo, negándose el alimento y deshonrando a Allah, dado el significado litúrgico que estos puedan tener.

Por la tarde, el tercer chico se puso a caminar por la celda. Estaba muy nervioso. Todos guardábamos silencio. Cogió el trozo de pan que había reservado, lo hizo pedazos y lo tiró a la letrina. Miré a Hamid, y este me susurró:

—No es asunto nuestro. Que haga lo que quiera con su vida y con su pan.

Los otros dos lo miraban, molestos. «Habrás pelea si a este chico le da por hacer otra locura».

—¿Por qué has tirado el pan a la letrina? —le preguntó uno de ellos.

—Soy libre de hacer con mi pan lo que quiera —le contestó con dureza.

—Pero has tirado un bien de Allah.

—Soy libre. Esto solo nos concierne a Allah y a mí. [...]

Dio dos pasos y comenzó a dar puñetazos y cabezazos contra la pared hasta que cayó desmayado, con la frente y las manos bañadas en sangre (2013a: 223-224).

Otras reflexiones que tienen lugar en este capítulo remiten a cómo el olvido, la muerte en el olvido, es el primer fruto de la desesperanza.

¿Cómo sería si estuviéramos condenados a pasar el resto de nuestra vida en esta celda, en estas condiciones? [...]. Seríamos capaces de dudar de que un día nacimos libres y lo fuimos durante un tiempo. Incluso llegaríamos a pensar que habíamos nacido en la celda y que moriríamos en ella. ¡Menudo silencio eterno! Iríamos desapareciendo uno tras otro, y el más desgraciado de nosotros sería aquel que fuese el último en hacerlo. ¡Vaya vida! (*ibid.*: 220).

En conjunto, de la experiencia de la celda, Chukri entiende plenamente que

la verdadera libertad no se reduce a la *libertad de maniobra*, la capacidad de liberarse de trabas externas y satisfacer en cada momento las propias apeten-

cias. Consiste en distanciarse de las pulsiones instintivas y elegir en cada momento la actividad que más contribuya a realizar el ideal de nuestra vida (López Quintás: 42).

Para Chukri este descubrimiento no conlleva un cambio total, pues la pobreza en la que vive continúa y esta no posibilita los entornos creativos necesarios para el ejercicio de una libertad constante: sigue frecuentando los bares pero ha descubierto en la educación un refugio.

4. Conclusiones

En principio, *El pan a secas* puede parecer una novela poco profunda o filosófica por la preponderancia de la acción sobre la contemplación. Como dice Juan Goytisolo,

las condiciones inhumanas de su vida no consienten el lujo de la reflexión y el matiz: le enfrentan sin remedio a la satisfacción de necesidades e impulsos elementales. El hambre primero, luego el sexo, bloquearán su horizonte con recurrencia obsesiva. Cuando al final descubra y gane a pulso la escritura, esta le abrirá de golpe la puerta de su redención: la posibilidad de transmutar el desorden de su vida en un orden a la vez moral y literario (Goytisolo: 10).

Toda acción nace de la querencia de un cambio y, por tanto, con cierta esperanza en que el efecto de la acción sea el esperado. Es por ello por lo que el alcance filosófico de la novela y la materialización de la esperanza están intrincados en las acciones sucesivas, aunque sean narradas en tono anecdótico. Esquirol mantiene que «vivimos esperando porque la acción aspira a la utopía. Vivimos esperando porque toda buena acción es utópica» (2021: 157), en el sentido de «utopía» de un mundo esperado mejor que el presente pero que no es material (es decir, desde una visión cristiana). Toda acción es hacia un algo previamente en potencia.

En definitiva, la esperanza se manifiesta a través de vínculos, de personas y de situaciones. En muchas ocasiones aparece íntimamente ligada a la belleza (el poema leído en la celda podríamos decir que es la principal fuente de esperanza de todo el libro); también en los vínculos humanos (en el cuidado, el cariño y la ayuda).

En la adolescencia se adquiere una esperanza más consciente por haber puesto distancia respecto a la violencia y lograr cierta libertad. En este momento de la vida, se producen afectaciones como la insatisfacción, que permite detectar qué decisiones son desesperanzadas. Por ello, libertad y esperanza están estrechamente ligadas.

¿De dónde proviene, entonces, la fuerza para seguir esperando? De algún modo, del movimiento intrínseco de la vida. No se puede decidir parar de buscar; la vida de Chukri fue una búsqueda constante. La soledad y el rechazo en su infancia le hicieron especialmente consciente de que *algo* buscaba. En la acción de buscar comida, cobijo y alianzas entre otros pillos de la ciudad, se revelaba, latente, la búsqueda de algo más.

5. Bibliografía

- Carson, A. (2014). *Eros el dulce-amargo* (1.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Fiordo editorial.
- Chukri, M. (2013a). *El pan a secas* (1.ª ed.). Madrid, España: Editorial Cabaret Voltaire.
- Chukri, M. (2013b). *Tiempo de errores* (1.ª ed.). Madrid, España: Editorial Cabaret Voltaire.
- Chukri, M. (2014). *Rostros, amores, maldiciones* (1.ª ed.). Madrid, España: Editorial Cabaret Voltaire.
- Cyrulnik, B. y Anaut, M. et al. (2016). *¿Por qué la resiliencia? Lo que nos permite reanudar la vida* (1.ª ed.). Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- Embarek López, M. y Hajjaj, K. *Nota de traducción*. En: Chukri, M., *Tiempo de errores* (1.ª ed.). Madrid, España: Editorial Cabaret Voltaire, 2013, pp. 21-22.
- Esquirol, J. M. (2015). *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad* (1.ª ed.). Barcelona, España: Acanalado.
- Esquirol, J. M. (2021). *Humano, más humano. Una antropología de la herida infinita* (1.ª ed.). Barcelona, España: Acanalado.
- Esteva, J. (1987). *Mohamed Chukri. El escritor de Tánger*. Revista Ajoblanco. Entrevistas con CHOUKRI (ignaciardarnaude.com) (última consulta: 12/05/2022).
- Gil Bardají, A. (2006). *Hernando de Larramendi, M.; Fernández Parrilla, G.; Azaola Piazza, B.* Autobiografía y literatura árabe, *Cuenca, España: Escuela de Traductores de Toledo/Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2002*. Quaderns, revista de traducción, n.º13, pp. 216-217.
- Goytisolo, J. *Prólogo*. En: Chukri, M. (1988). *El pan desnudo* (1.ª ed.). Barcelona, España: Editorial Montesinos, pp. 7-10.
- Horvilleur, D. (2022). *Vivir con nuestros muertos* (1.ª ed.). Barcelona, España: Libros del Asteroide.
- López Quintas, A. (2006). *Descubrir la grandeza de la vida. Nuevo proyecto formativo* (3ª ed.). Estella, España: Editorial Verbo Divino.
- Pieper, J. (2010). *Las virtudes fundamentales* (3.ª ed.). Madrid, España: Ediciones Rialp.
- Poletti, R. y Dobbs, B. (2005). *La resiliencia, el arte de resurgir a la vida* (1.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Editorial Lumen.
- Rojas-Marcos, R. (2021). *Mohamed Chukri* (1.ª ed.). Málaga, España: zut ediciones.
- Romero, J. M. (2016). *El Lugar de la crítica. Teoría Crítica, Hermenéutica y el problema de la trascendencia intrahistórica*. (1.ª ed.). Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Sigüenza, C. (25 de octubre de 2016). *Josep M.ª Esquirol, Premio Nacional de Ensayo: «Todos vivimos en la intemperie»*. La Vanguardia. <https://www.lavanguardia.com/vida/20161025/411321841999/josep-m-esquirol-premio-nacional-de-ensayotodos-vivimos-en-la-intemperie.html> (última consulta: 22/05/2022).
- Valenzuela, J. (5 de octubre, 2002). *«No busco el martirio, pero si me ataca un loco por la calle me defenderé con mi cuchillo»*. Entrevista: Mohamed Chukri. Babelia. https://elpais.com/diario/2002/10/05/babelia/1033775411_850215.html (última consulta: 12/05/2022).